ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA.

EL QUINTO MANDAMIENTO

(Episodio de la guerra civil.)

DRAMA EN UN ACTO,

ORIGINAL Y EN VERSO

DE

D. RICARDO CABALLERO Y MARTINEZ.

Representado por primera vez con gran éxito en el Teatro de Novedades *de Barcelona á beneficio de la primera actriz* D.ª Dolores Baena *el* 19 *de Julio de* 1873.

MADRID. 23
OFICINAS: SEVILLA 14, PRINCIPAL.
1873.

EL QUINTO MANDAMIENTO.

EL QUINTO MANDAMIENTO

(Episodio de la guerra civil.)

DRAMA EN UN ACTO,

ORIGINAL Y EN VERSO

DE

D. RICARDO CABALLERO Y MARTINEZ.

Representado por primera vez con gran éxito en el Teatro de Novedades *de Barcelona á beneficio de la primera actriz* D.ª Dolores Baeña *el* 19 *de Julio de* 1873.

MADRID.
OFICINAS: SEVILLA 14, PRINCIPAL.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
—	—
MARIA.	D.ª Dolores Baena.
EULALIA.	» Amelia Chaman.
JAIME.	D. Leopoldo Buron.
RAFAEL.	» Alfredo Maza.
JUAN.	» José Barceló.
MEDINA.	» Manuel Gonzalez.
UN SOLDADO.	» Luis Muns.

Soldados liberales y carlistas.

La accion en un pueblo de Cataluña.—Epoca actual.

BARCELONA.—Imprenta de J. Jepús, Petritxol 10, bajos.

AL ORDENADOR DE MARINA

SR. D. JUAN BAUTISTA BLANCO Y ALCARÁZ,

En testimonio de consideracion y respeto, dedica esta humilde obra

Su Subordinado

EL AUTOR.

ACTO ÚNICO.

Interior de una casa de labranza de modesta apariencia en uno de los pueblos de la montaña en Cataluña. Puerta al foro que dá á la calle y á corta distancia ventana baja. En el otro lado del muro del foro, una mesa de pino cubierta con un paño blanco y encima un cuadro con la imágen de nuestra señora de Monserrat alumbrado por dos candeleros; á una altura conveniente y encima del cuadro de la Vírgen, un retrato de tamaño regular de un hombre de unos cuarenta años, vestido al uso del país. A la derecha del actor una puerta en primer término y en segundo chimenea de la cual pende un candilon encendido; dos puertas á la izquierda; muebles rústicos.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, oyense sonar pausadamente siete campanadas; despues aparece EULALIA por la segunda puerta izquierda, al oir llamar se dirige á la del foro, la abre y entra JAIME.

JAIME. (Desde dentro.) Eulalia!
EULALIA. (Habriendo la puerta del foro.) Gracias á Dios.
Pensé no venia ya.
JAIME. Tu madre?
EULALIA. Por dentro anda.
JAIME. Mas tranquila?...
EULALIA. De llorar
no cesa un instante. ¿Usted
trae noticias?...
JAIME. (Con profundo pesar.) Ojalá!

EULALIA. (Con abatimiento). Llegó el correo?

JAIME. Si, hija.

EULALIA. Y nada!...

JAIME. Nada. Quizás
mañana sepamos algo.

EULALIA. Quiéralo Dios!

JAIME. (Cuánto afan!)

EULALIA. (Llorando). ¿Qué será de él!

JAIME. Hija mia
dá treguas á tu pesar.

EULALIA. Pobre hermano de mi alma!

JAIME. Vamos, no augures tan mal.

EULALIA. Si es vivo, ¿porqué no escribe?

JAIME. (Dios mio!) Ya escribirá,
no habrá podido... ¿tú crees
que el servicio militar
permite á veces?.. no es cosa:
tal vez de marcha andará,
ó acampado en sitio donde
no le sea fácil trazar
dos renglones; calmaté,
mira, ten serenidad,
si madre te vé afligida
su pena vas á aumentar.

EULALIA. (Qué incertidumbre!) Creia
al ver su tardanza...

JAIME. Cá!
Entretúveme, mirando
desde el cercano olivar
una partida de tropa
que próxima al pueblo está.

EULALIA. ¿Tropa, abuelo?

JAIME. Si, hija mia;
vienen quinientos... ó mas.
Hoy, es seguro que no
tendremos tranquilidad.
Vaga por estos contornos

la faccion,.. y voto á San!...
Cuánta sangre se derrama
por esa causa tenaz!

EULALIA. Dice usted bien; tanto horror
¿cuando término tendrá!

JAIME. Cuando la ambicion no aliente
en los pechos de los mas.
A qué estremo hemos llegado!
ya no hay sosiego ni paz;
estas luchas fratricidas
con la patria acabarán.
Yermos están nuestros campos,
mermada nuestra heredad,
con los forzosos impuestos
con que agobian sin cesar
y sin miramiento alguno
nuestra pobreza.

EULALIA. Es verdad!

JAIME. ¿Y qué hemos de hacer? paciencia!
consternado el país está;
ya no reina el entusiasmo
de aquellos tiempos de atrás,
en que compacto y unido
el partido liberal,
la cerviz del Pretendiente
ufano llegó á humillar.
Que tiempos! tambien yo entonces
lidiando con patrio afan,
con la sangre de mis venas
regué mi suelo natal.
Hoy soy viejo, nada valgo,
nieve mi cabello es ya;
pero te juro, hija mia,
que á este (por el corazon) siento palpitar,
y de coraje me enciendo
á cada nuevo desman.
Ya vés lo ocurrido en Berga.

EULALIA. Y en Ripoll.

JAIME. Ya no hay piedad;
vuelven los ódios de antaño,
guerra sin cuartel, voraz!
Para el vencido, no habia
respeto ni caridad.
No fuí yo así, para el débil
no tuve rencor jamás.
Una noche, aun no habias tú
nacido, llegó al umbral
de nuestra puerta un herido
pidiendo hospitalidad.
Era un jefe del carlismo;
—tu padre era liberal,—
de los cristinos huia
y aquí se vino á amparar.
Sangre su herida manaba,
y la palidez mortal
y el dolor de la agonía
se retrataba en su faz.
—Huye de aquí, desgraciado!
Le dijo, al verlo llegar
tu padre:—Por Dios, socorro!
gritó el herido en su afan:
que tengo esposa y dos hijos,
y solos van á quedar.
Conmoviose á esto mi hijo,
tu madre, ángel de bondad,
intercedió, y aun yo mismo
llegué el rencor á olvidar.
Compromiso era tenerle
oculto en la casa, mas...
¿que íbamos á hacer? la muerte
le perseguia tenaz,
y movia á compasion
su estado. Logró sanar,
y entonces agradecido

fueron sus ojos raudal
de lágrimas; ausentóse
prometiendo que jamás
olvidaria el benéfico
consuelo de nuestro hogar.

EULALIA. Padre mio, al que obra bien
Dios la recompensa dá.
Tal vez con Rafael suceda
ahora mismo un caso igual;
si es así, Dios le depare
la misma hospitalidad.

JAIME. Vamos, enjuga ese llanto,
Dios es bueno, y no querrá
darnos que sentir.

EULALIA. ¡Ay, padre!

JAIME. No seas niña; ya verás...

EULALIA. Madre viene!

JAIME. Es necesario
animarla.

ESCENA II.

DICHOS y MARIA, por la puerta izquierda.

MARÍA. (Con ansiedad.) Padre, ¿qué hay!
¿Trajo usted carta?

JAIME. El correo
aun no ha llegado.

MARÍA. (Con profundo pesar.) Hoy tampoco!

JAIME. No hay que estrañarlo; ya sabes
que hace seis dias ú ocho
que no circulan los trenes.

MARÍA. Oh, no; en su cara conozco
que me engaña!

JAIME. Yo, María,
á qué santo....

MARÍA. (Fijándose en Eulalia.) Tú los ojos
los tienes de haber llorado.
(Mirando á Jaime.) Usted pálido, ojeroso
se encuentra; por Dios, hablad.
¿Mi hijo ha muerto? Decid pronto;
matadme ya de una vez.

JAIME. María, vuelve al reposo.
Tu hijo se halla en Barcelona,
y que no ha escrito supongo
por... por cualquier incidente...

MARÍA. No es verdad.

JAIME. (Dios poderoso!)
Te afirmo que no ha ido á Berga;
que su batallon tampoco
se hallaba allí; que salió
poco antes dice el periódico.

MARÍA. (Con dolor.) En vano aplacar intenta
mi dolor: leo en su rostro
que no es cierto lo que dice...

JAIME. María...

MARÍA. Que trata solo
de consolarme; mas yo,
siento aquí dentro, en el fondo
del corazon, un gran peso,
y una voz, un eco lóbrego
que me grita: ¡pobre madre
sufre y llora! y sufro y lloro.—

JAIME. Tú te has propuesto matarte
y matarnos! (Sus sollozos
parten el alma!)

MARÍA. Soy madre!
¿que hé de hacer, si de mi gozo,
del hijo de mis entrañas
há tiempo la suerte ignoro!
Malhaya esa fiera ley,
ese cruel tributo odioso
que á las madres nos arranca

los hijos! (Oyese un toque de corneta, María queda suspensa un momento.)

Que es lo que oigo!

Esa corneta...

JAIME. (Que ha permanecido ensimismado responde con naturalidad.

La tropa

que al pueblo llegó hace poco.

MARÍA. (Reanimándose y con interés.)

Hay tropa en el pueblo?

JAIME. (Confuso y como estrañando la animacion de Maria.) Si.

MARÍA. (Con ansiedad.) Aquí tropa!... salga pronto;

tal vez alguno conozca

á mi hijo; vea cómo

indaga... ¡Vírgen piadosa

de Monserrat, cuán dichosos

si con ellos Rafael

viniera! Qué hace? (A Jaime con impaciencia.)

JAIME. Ya corro;

pero tranquilizaté.

(Ten, Dios, piedad de nosotros.) (Váse.)

ESCENA III.

MARIA y EULALIA.

EULALIA. (Con cándida alegria.)

Madre, no piensa usted màl.

Si con la tropa viniera...

comprendo que se abstuviera

de escribir...

MARÍA. (Volviendo á su anterior tristeza.)

No pienses tal.

No lograrán nuestros ojos

contemplar tanta ventura;

nuestra vida, de amargura

está sembrada y de abrojos.

No puedo, no, en mi agonia
desechar por un momento,
el negro presentimiento
que embarga la mente mia.

EULALIA. Cuando se pone usté así,
destroza mi corazon.

MARÍA. Muerto lo habrá la faccion!...
hijo del alma! ay de mí!

EULALIA. Que en Barcelona quedó
acaba de decir padre.

MARÍA. El corazon de una madre
no puede engañarse, no.
¿Como dejar, hija mia,
esta pena que me acaba!
¿No me escribió que se hallaba
en Berga su compañía?

EULALIA. Pero, padre dice...

MARÍA. Él,
quiere mi angustia calmar,
en vano; ¿cómo negar
lo que reza este papel?
Su carta! y quieren que cese
mi dolor... y que no crea...
deja que otra vez la lea
y que con pasion la bese.
(Besa la carta y despues lee.)
«Madre, curado del mal
que los carlistas me hicieron,
ayer mañana me dieron
el alta en el hospital.
Fuime derecho al cuartel
contento de verme sano:
allí, me estrechó la mano
mi teniente coronel.
Y entregándome un diploma,
dijo: el Gobierno, propicios
ha encontrado tus servicios

y te recompensa, toma.
Leilo casi llorando,
llorando de regocijo:
madre: ya tiene usté un hijo
con la cruz de San Fernando.
Orden luego se me dió
para ir á Berga; en el dia
allí está mi compañia,
y allí debo hallarme yo.
Tomo el camino mañana;
desde allá escribiré, madre:
dele usté un abrazo á padre
y otro apretado á mi hermana.
Y usted, en muestra del fiel
cariño que la profeso,
reciba un amante beso
de su hijo: Rafael.»

(Besa repetidas veces la carta, rompiendo en llorar.)

Cerca de un mes hace ya
que este papel escribió;
dice que á Berga marchó,
y en Berga hubo sangre! Ah!
Vé si este llanto que vierto
no es fundado en mi sentir;
cuando no ha vuelto á escribir,
me le han muerto, me le han muerto!

EULALIA. No se desespere usté:
yo verle muy pronto espero;
tal vez esté prisionero
ó bien de marcha. ¿Pues qué!
¿Habrá de ser tan fatal
su estrella? Si Rafael
es dulce como la miel
y á nadie, á nadie ha hecho mal.

MARÍA. Tú de esa ilusion en pós,
hija, abrigas confianza!...

EULALIA. Yo, madre, tengo esperanza

en esa Vírgen y en Dios.
Verá usted como le vemos
libre de todo cuidado,
y contento á nuestro lado
cuando ménos lo pensemos.
Ya verá usted con qué gozo
viene á abrazarnos ; qué dia!
Ya verá usted qué alegría,
y verá usted qué buen mozo
vuelve á su madre buscando
y de su cariño en pós,
con su capote y su rós
y su cruz de San Fernando.
Verá usted su Rafael
como el pecho la alboroza;
no habrá en el pueblo una moza
que no se muera por él.

María. Te engañan tus pocos años!
tus ilusiones comprendo;
conforme vayas creciendo
irás viendo desengaños!
¡Yo ni una esperanza aliento,
que llega al fin la verdad,
y al tocar la realidad
se sufre mayor tormento.
¡Ya no le volveré á ver,
ni á estrecharle entre mis brazos...
¿No son los hijos, pedazos
del alma que les dió el ser?
Pues si el alma no está en calma,
la razon, dolor presiente...
tú crees que el alma no siente?
Sé madre, verás el alma!
Por eso mi desconsuelo
es grande, inmenso, profundo;
mi hijo, no está en el mundo;
fué mártir y subió al cielo.

ESCENA IV.

DICHAS, JAIME y MEDINA.

(Medina, llega vestido de sargento de infantería y entra con Jaime despues de una larga pausa; Eulalia al verlos lo advierte á su madre; esta se repone y enjuga sus lágrimas, recibiendo al mismo tiempo cierta impresion agradable, la que cesa en el momento en que reconoce no ser su hijo el sargento.)

JAIME. Pase usté adelante.

EULALIA. Madre,
padre y un soldado...

MARÍA. Hija,
si será... No es él, no es él!
¡Vana esperanza!

JAIME. María;
prepara una habitacion
que descansar necesita
este militar.

MEDINA. Patrona,
aquí el arcarde me envia
alojao, mas no quisiera
causar molestia. ¿Esta niña
es hija de usté, patron?

JAIME. Es mi nieta.

MEDINA. Pues es linda!...
(Que no puea yo vé unas náguas
sin que me ponga enseguia
mas tierno que una jalea!)

MARÍA. Eulalia, entra, hija mia,
y la alcoba de tu hermano
prepara.

EULALIA. Bien.

MARÍA. En seguida
pon en la mesa la cena;
cuando concluyas, avisa.
Traerá usté apetito.

MEDINA. Un poco.
EULALIA. Voy volando.
MEDINA. Oiga usté, niña.
EULALIA. ¿Qué manda usté?
MEDINA. ¿Quién, yo? Náa...
Salero... (Tente Medina.)

ESCENA V.

DICHOS, ménos EULALIA.

JAIME. Puede dejar el fusil
y descansar: aquí hay silla.
MEDINA. Grasias patron; que en verdá
estoy muerto é fatiga.
Dies horas por esos serros
corriendo tras los carlistas
capases son de rendí...
MARÍA. ¡Válgame Dios, y qué vida
están ustedes pasando!
MEDINA. Esto es una fruslería!
La via del melitar
no tié pero, patronsita.
Saca uno la bola negra,
se despie é la familia
con lagrimones mú gordos,
que argunos miran con risa;
yega al cuarté, toma er chopo,
me lo visten de levita,
por que mande Pedro ó Juan
se mueve una sarrasina,
sale á la caye, hase fuego,
le dá una bala y espicha.
Y mientras, el Pedro y Juan
que aquel belen originan,
mú metios en su casa

tratando é la política
se estan, chupando un veguero,
con la consensia tranquila.
Supongamos que el sordao
sale de esta; yega el dia
que lo sacan á campaña:
esta via ya es distinta:
anda con yuvias y frios
cuesta abajo y cuesta arriba,
se achicharra é caló
ó vá hecho una estauta fria,
presenta er pecho al peligro
de las balas enemigas,
ruea por los hespitales
con toas las plagas ensima,
y grasias, si despues de esto
el probe el peyejo libra.

MARÍA. Infelices!

MEDINA. ¿Yora usté?

JAIME. Tiene un hijo en la milicia...

MEDINA. ¿Nasional?

JAIME. En el ejército.

MEDINA. Ah! vamos.

JAIME. Há muchos dias
que nada sabemos de él.

MEDINA. Y sirve...

JAIME. En la infanteria.

MEDINA. ¿Qué rejimiento?

JAIME. De América.

MEDINA. Está en campaña.

MARÍA. Noticias
tuvimos de su ida á Berga,
despues fueron los carlistas;
desde entonces ignoramos
donde se halla.

MEDINA. No se aflija.

MARÍA. Si no ha escrito!

MEDINA. No podrá.
JAIME. Yo eso la digo. María,
mujer, no seas así.
MEDINA. Serénese usté. (Por via!...
Vea usté lo que es una mare:
yorando á lagrima viva...
¡si el que nase pa sordao
no debia é tené familia!)

ESCENA VI.

DICHOS y EULALIA.

EULALIA. Ya está dispuesta la cena.
JAIME. Pues á la mesa en seguida.
MEDINA. Andando.
JAIME. (A María.) Vamos.
MARÍA. Dejadme.
Id vosotros.
MEDINA. (A Eulalia.) Olé, niña?
EULALIA. ¿Qué dice usté?
MEDINA. Salió er só.
EULALIA. Si es de noche.
MEDINA. ¡Que faitigas
estoy pasando! Huyuyuy!
EULALIA. Qué! (Asustada.)
MEDINA. (¡No seas bruto, Medina!) (Llaman.)
EULALIA. Han llamado.
JAIME. Vé quien es.
MEDINA. (Qué cuerpo, María Santísima.)

ESCENA VII.

DICHOS y UN SOLDADO.

SOLDADO. Mi primero.
MEDINA. ¿Que traes tú;

á ver?

SOLDADO. (Entregándole un papel.) Esta órden del jefe.

MEDINA. (Despues de leer.) Me han partio por el eje.
Ea, señores, salú.

JAIME. Pero aguardesé un instante
y cenará.

MEDINA. No pué sé.

JAIME. Pero hombre!

MEDINA. Oiga usté lo que
me escribe mi comendante.
(Leyendo.) «Salimos ahora del pueblo,
corta será nuestra ausencia,
quede usté con veinte hombres
apostados en la iglesia,
y haganse fuertes allí
si acaso la faccion entra.
Ea, con Dios.

JAIME. Un momento.

MEDINA. No puedo.

JAIME. No han de venir
ahora mismo.

MEDINA. Hé de cumplir
mis deberes de sargento.
(Vase seguido del soldado.)

ESCENA VIII.

MARÍA, EULALIA y JAIME.

MARÍA. ¿Qué es lo que ese hombre ha leido?
Tan cerca la faccion anda?

JAIME. (Para aumentar nuestra pena
esto solo nos faltaba.)
Voy á ver qué nuevas corren.

MARÍA. Padre, no salga de casa.

JAIME. Vuelvo al momento, no temas,

de aquí está un paso la plaza.

MARÍA. ¿Y si mientras está fuera
entran en el pueblo? Nada,
lo mejor es no esponerse;
no salga, padre, no salga.

JAIME. Pero, mujer...

EULALIA. Abuelito,
no se vaya usted.

JAIME. Eulalia,
si vuelvo en seguida...

MARÍA. Quiere
darnos un mal rato!

JAIME. Vaya,
no saldré.
(Oyénse fuera voces y ruido como de cerrar puertas.)

MARÍA. Ese ruido!...
Cerrar puertas y ventanas.

EULALIA. La gente corre. (Asomándose á la ventana.)

JAIME. (Corriendo á apartarla.) Hija mia,
aparta de ahí.

MARÍA. ¡Vírgen santa!
Cerrar la puerta. (Van á hacerlo en el momento que se presenta Juan seguido de varios carlistas.)

ESCENA IX.

DICHOS, JUAN y CARLISTAS.

JUAN. (Presentándose de pronto.) ¡Alto!

MARÍA Y EULALIA. (Asustadas.) ¡Ah!

JUAN. No hay que asustarse: esta casa
es la primera del pueblo
cuya puerta hallamos franca.
Es capaz, y nos conviene.
¿Quién es el amo?

JAIME. ¿Qué manda?

JUAN. Por ahora necesitamos
ocupar esta morada;
luego que á ver al alcalde
venga usté en nuestra compaña,
y despues... despues depende
todo de las circunstancias.
La columna que ha llegado,
y que de salir acaba,
¿sabe adonde se dirije?

JAIME. Lo ignoro. (Cristo me valga;
si los otros llegan, todos
vamos á arder!)

JUAN. ¿La ventana
dá á la calle?

JAIME. Si señor.

JUAN. Veamos. (La examina.) Está muy baja.
Que se coloquen dos hombres
por la parte afuera y hagan
fuego al que se asome.

JAIME. ¡Como!

JUAN. No teman ustedes nada.
Aquí en no siendo curiosos
y obedeciendo al que manda,
se escapa bien. Esta puerta
(Por la segunda de la izquierda.)
á donde dá?

JAIME. A una estancia
que no tiene otra salida,
y que ocupada se halla
con maiz y trastos viejos,
con aperos de labranza..

JUAN. Pues viene que ni de molde.

JAIME. No comprendo.

JUAN. Oiga: se trata
de encerrar aquí unos presos.

JAIME. ¿Presos?

JUAN. De guerra: se hallan

ahí fuera, y aquí seguros
estarán.

MARÍA. Pero esta casa...

JUAN. No replique usté, señora.

MARÍA. Y ¿con qué derecho?...

JAIME. (Calla!)

JUAN. Derecho!... por los derechos
anda tan torcida España.
Que entren los presos aqui.

JAIME. Escucha, Maria, Eulalia,
encerraros allá dentro
y por mí no temais; anda.
La fuerza está de su parte,
contra la fuerza no hay nada.

ESCENA X.

JAIME, JUAN, y RAFAEL que se presenta vestido de sargento con el trage descompuesto y lleno de polvo, lo mismo que varios soldados que le acompañan, tambien prisioneros.

JUAN. Vaya, adentro todos, presto.

JAIME. Estoy soñando! No; es él!

RAFAEL. Padre mio!

JAIME. Rafael,
hijo querido!

JUAN. (Qué es esto!)

JAIME. ¿Eres tú? ¿No es ilusion?

RAFAEL. Y madre?

JAIME. Pobre María!
vá á matarla la alegría;
hijo de mi corazon!
La infeliz llora tu muerte.
Oh! prepararla es preciso.
Bendito Dios que al fin quiso
darnos la dicha de verte.

JUAN. El tiempo no malgastemos

que aquí perdiéndolo estamos.
Entren ahí los presos. *(Señalando la segunda puerta de la izquierda.)*

RAFAEL. *(Con profunda pena.)* Vamos;
fuerza es que nos separemos.

JAIME. ¿Separarnos? Donde irás
que á tu suerte mejor cuadre?
No quieres ver á tu madre?
Ahora mismo la verás.

JUAN. Permita usted que le diga
que yo no puedo acceder..
á ello me obliga el deber.

JAIME. El deber! Suerte enemiga!

JUAN. Adentro. *(Los prisioneros entran en la habitacion que queda indicada.)*

JAIME. Por compasion!

JUAN. Lo siento, mas...

JAIME. Yo le ruego...

RAFAEL. Ella es la paz, el sosiego
de mi triste corazon.

JAIME. Déjele usted, yo le fio...
no tenga temor alguno,
por Dios...

JUAN. Bien: no tiene uno
las entrañas de judío.
Con su madre puede hablar
todo el tiempo que aquí esté,
siempre que palabra dé
de que no se há de escapar.

RAFAEL. La doy.

JUAN. Quedo satisfecho.
Pero...

RAFAEL. Le debo advertir,
que nunca supo mentir
quien lleva esta cruz al pecho.
Ella, de lealtad crisol,
ni se mancha, ni deshonra:

soldados tiene aun con honra
el noble suelo español.

JAIME. Bueno, no temas que insista;
pero si por un descuido
tratas de... ten entendido
que hay centinelas de vista.

RAFAEL. Ah!

JAIME. Y puesto que de balde
le hé complacido, propicio
no me hará usted el servicio
de presentarme al Alcalde?

JAIME. Cuando guste.

[redacted]. Fuera espero.

JAIME. Al punto con usted soy.

JUAN. (Si han de fusilarle hoy,
que goce un instante quiero.) (Vase.)

ESCENA XI.

JAIME Y RAFAEL.

RAFAEL. ¿Donde está madre?

JAIME. Detente,
y que la prevenga deja...

RAFAEL. Ah! ¿Eso usted me aconseja
cuando estoy tan impaciente?
Cuando deshecho en pedazos
mi corazon ahora siento,
ansiando llegue el momento
de estrecharla entre mis brazos!

JAIME. Chits, calla: ocúltate allí,
que al punto á llamarla voy.

RAFAEL. Mire usted por Dios que estoy
deseando verla.

JAIME. Entra ahí.

(Rafael se oculta en la habitacion de la derecha.)

ESCENA XII.

JAIME, MARÍA, EULALIA.

JAIME. María, Eulalia!
MARIA. ¿Qué pasa?
JAIME. ¿Qué es lo que pasa, hija mia?
Que ya vuelve la alegría
á reinar en esta casa.
Que Rafael... vive Cristo!
cómo decirlo no sé...
está vivo...
MARIA. (Con ansiedad.) Cómo!
EULALIA. Qué?
JAIME. Que hace un momento le he visto.
MARIA. Está en el pueblo?
JAIME. Si tal,
¡no ha de estar! hecho un buen mozo,
con sus galones...
EULALIA. Qué gozo!
JAIME. Si parece un general!
Tostado de la campaña,
trae un aspecto tan guerrero...
es el sargento primero
mas guapo, que hay en España.
Como él, de fijo, no hay dos.
MARIA. Y donde, donde. .
JAIME. Aquí està!

ESCENA XIII.

Dichos y RAFAEL.

RAFAEL. Madre mia! (Corriendo á sus brazos.)
MARIA. (Loca de alegría.) Rafael, Ah!

Bendito el poder de Dios!

RAFAEL. Eulalia! (Abrazándola.)

MARIA. Ya estás aquí;
que no nos dejes espero.

RAFAEL. Madre, soy un prisionero,
mi suerte lo quiso así.

MARIA. ¡Prisionero tú!

RAFAEL. Si, á fé!

MARIA. Y ¿aquí no te dejarán?

RAFAEL. Imposible!

MARIA. Y donde ván
á llevarte?

RAFAEL. No lo sé.
Mi estrella desque nací
sigue del dolor la huella,
y es tan funesta mi estrella
que la temo pésia á mí.

JAIME. Hijo, ten mas confianza,
yo ya vés, ya soy muy viejo;
aprovecha mi consejo,
no deseches la esperanza,
pues esa santa virtud
que eterna al hombre se aduna
desque lo mece la cuna
hasta que vá al ataud,
nuestros sinsabores calma,
y haciendo variar la suerte,
en cielo hermoso convierte
las tempestades del alma.
Quedaté aquí con las dos...

MARÍA. ¿Vá usté á salir?

JIAME. Sí, me espera
el jefe carlista ahi fuera;
vuelvo pronto, pronto; á Dios. (Vase.)

ESCENA XIV.

MARÍA, EULALIA Y RAFAEL.

MARÍA. Hijo del corazon! por fin mis ojos
hoy te vuelven á ver; no sabes cuánta
mi angustia ha sido; las fatales horas
que tu madre infeliz acongojada,
poseida de negra incertidumbre
sintió á pedazos desgarrarse el alma.
No puedes figurarte mi martirio,
secos ya de llorar mis ojos se hallan.
¿Qué te impidió escribir?

RAFAEL. Mi desventura,
mi suerte adversa, mi fortuna aciaga!
No bien, madre, salí de Barcelona,
y mi puesto ocupé que en Berga estaba,
á cundir empezó por todo el pueblo
como el rayo velóz siniestra alarma.
Los grupos enemigos, paso á paso
audaces á los muros se acercaban,
y dos horas despues, corrió la sangre,
y lamentos oí, silvar las balas,
y en inmensa espiral el humo denso
el sol cubria cual tupida gasa.
Aun reciente el dolor de mis heridas,
fatigado, rendido, se me manda
retirar del combate, pero inútil.
¿Quién si estima su honor de allí se aparta?
Ninguno; mi fusil engendró rayos
alimento prestándole á la parca;
en cumplimiento del deber, heria;
en cumplimiento del deber, mataba.

MARÍA. ¡Jesús!

RAFAEL. Defensa inútil! No concibo

cómo al contrario se rindió la plaza!
Y hubo quién... vive Dios! ante esas hordas
tuvo el valor de deponer las armas!...
De pensarlo tan solo, por mis venas
la sangre corre como hirviente lava.
Soldado y español, y defendiendo
de libertad la sacrosanta causa,
morir ántes mil veces, que la honra
si se muere con gloria, mas resalta.

MARÍA. De manera que tú...

RAFAEL. Yo, madre mia,
nunca al peligro le volví la cara;
prisionero caer me hizo el destino;
no me guió el temor, sí la desgracia.

MARÍA. Pobre hijo!

RAFAEL. De entonces, maniatado,
trepando sin cesar por la montaña,
falto de fuerzas, sin tener siquiera
por alivio á mi mal una esperanza,
mil y mil veces en la muerte pienso,
que es esta vida insoportable carga.

MARÍA. Hijo, resignacion. Dios lo ha qnerido!
¿Quién su divina voluntad contrasta?

EULALIA. (Que desde el principio de esta escena ha permanecido en la puerta del foro aplicando el oido á la cerradura, poseida de la mayor angustia esclama:)
Madre, madre!

RAFAEL. ¿Qué tienes?

MARÍA. Hija mia!

EULALIA. Lo que acabo de oir mi voz embarga.
Huye de aquí porque á matarle vienen!

RAFAEL. ¡Qué dices!

EULALIA. Por ahí, por la ventana.

MARÍA. Es inútil; han puesto centinelas!

EULALIA. Yo bien claro lo oí; órdenes daban
de fusilar los prisioneros...

MARÍA. ¿Cómo!

Estás en tu juicio? Calla, calla!

EULALIA. Ocúltate por Dios!

MARIA. Vírgen María!

EULALIA. Huye por compasion. Que abren!

RAFAEL. Eulalia!

ESCENA XV.

DICHOS JUAN, JAIME y CARLISTAS.

JUAN. Sacad los presos de ahí.

(Los carlistas penetran por la segunda puerta izquierda y á poco salen con los soldados prisioneros desapareciendo con ellos por la del foro.)

JAIME. Y vá usté á ser tan cruel!

JUAN. No hay remedio.

MARIA. (Asiendose á él.) Rafael!
no te separes de mí.

RAFAEL. Madre!...

JUAN. En marcha.

MARIA. No saldrá.

JUAN. Señora, es preciso.

MARIA. No;
en tanto que aliente yo
de mí no se apartará.

JUAN. No puedo el tiempo perder.

RAFAEL. Vamos. (Haciendo un esfuerzo.)

JAIME. Tente, desgraciado!

RAFAEL. Oh!

JAIME. Vas á ser fusilado!...

MARÍA. Dios mio... no puede ser.
No será, no; tú me engañas,
destrozar quereis mi pecho;
no es posible! Qué os ha hecho
el hijo de mis entrañas?

JUAN. Es prisionero de guerra...

JAIME. Y ¿ese solo es su delito?
JUAN. A mí me mandan...
MARIA. ¡Maldito
mandato que tanto aterra!
JUAN. Yo se lo quise ocultar;
mas ya lo ha dicho su padre.
MARIA. Asesinos!
RAFAEL. Madre!
EULALIA. Madre!
MARIA. Oh! me lo quieren matar...
JAIME. No será usted tan malvado!...
MARIA. El es vida de mi vida!
JUAN. Yo hé de cumplir en seguida
las órdenes que me han dado.
JAIME. Fun esta órden; por mi mal
al dársela la escuché
y en vano al jefe rogué!...
RAFAEL. Madre, mi estrella fatal!
MARIA. Y sereis tan inhumanos!
no, no, tal hecho os infama;
Dios maldice al que derrama
la sangre de sus hermanos!
De esa maldicion en pós,
No es posible que corrais,
vosotros, los que invocais
el santo nombre de Dios!
El, de todo el orbe rey,
no os perdonára jamás;
recuerda: «*No matarás.*»
escrito dejó en su ley.
El sér infame y ruin
que contra esa ley atente,
llevará impresa en su frente
la maldicion de Cain.
JUAN. Yo no puedo...
JAIME. Por favor!...
JUAN. Es inútil; venga. (Adelantándose hácia él)

MARIA. (Cubriéndole con su cuerpo.) Atrás!
RAFAEL. Madre, no ruegue usted mas;
Eulalia, padre, valor.
¿Quién vuelve la vista al ciego?
Pensad en mi despedida,
que es de la patria mi vida
y que en sus aras la entrego.
Mártir soy de la lealtad,
aunque mísero soldado:
dejo á usted su nombre hónrado.
Madre, Eulalia, no llorad,
que vuestro llanto de amor
incita al mio candente,
y puede creer esa gente
que va á faltarme el valor.
Adios! (Con un esfuerzo supremo y queriendo desasirse.)
MARÍA. (Sin soltarlo.) No!
EULALIA. (Lo mismo.) No!
JAIME. Desgraciado!
RAFAEL. Suélteme usted! (A María.)
MARIA. No; primero
mil veces la muerte quiero
que apartarme de tu lado.
RAFAEL. Dejadme!
MARIA. En odio me abraso!
JUAN. Sujetadlos.
JAIME. Oh, no!
MARIA. (Loca de desesperacion.) Afuera!
Soy la leona, soy la fiera
que arrolla cuanto halla al paso!
JUAN. Vive Dios! Partid.
MARIA. No quiero.
Hijo!
RAFAEL. Adios! (Logra desasirse y parte rápidamente.
MARIA. (Grito de dolor.) Hijo!
JAIME. María!

MARIA. Hijo! (Gritando con mas fuerza.)

JUAN. (Saliéndole al encuentro.) Quieta!

EULALIA. (Corriendo á sus brazos.) Madre mia!

MARIA. (Cayendo en ellos.) Hija del alma! yo muero!

JAIME. (Despues de una pausa durante la cual revela la angustia de que se halla poseido y como concibiendo de pronto una idea.)
Momento duro y cruel!
Oh! qué idea... Si consigo...
Maria, ó vuelve conmigo,
ó me han de matar con él.

ESCENA XVI.

MARIA, EULALIA y JUAN.

EULALIA. (Dirigiéndose á la puerta del foro.) Padre, padre!

MARIA. (Lo mismo.) Hijo!

JUAN. (Cerrando la puerta.) Atrás!

MARIA. Abra usted, quiero salir;
déjeme verle morir!

JUAN. (Sujetándola.) Desgraciada! ¿Adonde vas?

MARIA. Ah! no se oponga á mi anhelo.
Por caridad!

JUAN. Es en vano.

EULALIA. (En el colmo de la desesperacion y como no teniendo ya á quien acudir, se arrodilla delante del retrato que hay en la pared del fondo.)
Padre, ruega por mi hermano,
tú, que estarás en el cielo!

JUAN. (Fijándose en el retrato y sorprendido á su vista.)
Qué miro!

MARIA. (Con estrañeza.) ¿Qué hay que le asombre?

JUAN. (Con ansiedad.) Oh! mi cerebro se abrasa!
Qué recuerdo! Es él! La casa!...
No hay duda; quién es ese hombre?

MARIA. Mi esposo.
JUAN. Tu esposo! Cierto?
MARIA. ¿Acaso lo encuentra estraño?
JUAN. Y ¿ya no existe?
MARIA. Hace un año
que aquí le lloramos muerto!
JUAN. Ah! mi alma se despierta!
(Mucha rapidez hasta el final de la escena.)
¿Há treinta años, un herido
fatigado y perseguido
llegó al umbral de esa puerta?
MARIA. Si; y aliviamos sus males.
JUAN. Y ¿servia al Pretendiente?
MARIA. Si.
JUAN. Y ¿huia?
MARIA. Exactamente,
de las tropas liberales.
Mas ¿qué interés...
JUAN. Por Dios vivo!
¿Aun no comprendisteis?
MARIA. No.
JUAN. ¿No os dice el alma que yo
soy el triste fugitivo?
MARIA. Cielos!
EULALIA. El!
JUAN. Tu corazon
aliente; salvarle ansío.
Corro en su busca.
(Se dispone á salir pero al abrir la puerta suena una descarga y retrocede. María y Eulalia se abrazan aterradas.)
MARIA. Dios mio,
esos tiros!
JUAN. (Con desesperacion.) Maldicion!
Suerte contraria y fatal!
Dios justiciero y potente:
arroja sobre mi frente
del réprobo la señal!

ESCENA XVII.

DICHOS, RAFAEL, MEDINA y SOLDADOS.

RAFAEL. Madre! (Corriendo á sus brazos.)
MARIA. (Cayendo en ellos.) Hijo!
RAFAEL. (A Juan.) Infame!
MEDINA. (Apuntándole con el fusil.) Muera!
MARIA. ¿Qué vais á hacer! (Deteniendo á Medina.)
RAFAEL. Vive el cielo!
MEDINA. Dejad que su sangre corra.
MARIA. Ah! no, Rafael, detenlos!
Si te arrancó de mis brazos
con su consigna cumpliendo,
luego lloró arrepentido
é iba á salvarte; ¿no es esto?
Tú eres cristiano, hijo mio!
recuerda los mandamientos :
el quinto : *no matarás*!
Perdona y olvida.
RAFAEL. El cielo
lo proteja : libre está.
JUAN. Yo mi ofuscacion confieso.
Por ser fiel á mis ideas
tomé la espada , hoy la dejo,
que en contra de mis hermanos
no hé de esgrimirla mas tiempo. (La tira.)
MEDINA. Si toos fueran como este!...
MARIA. Lo vés? es honrado y bueno.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y JAIME que llega sin poder hablar apenas del cansancio y la emocion.

JAIME. Rafael, ven á mis brazos.
¡Como se ensancha mi pecho
al verte libre! No sabes
lo que el pobre de tu abuelo
há corrido! Qué fatiga!...
Atrás me dejaba el viento
por salvarte... y lo logré.
Dios oye siempre á los buenos!
Cuando de aquí te sacaron,
él me inspiró y al momento
me dije: Jaime, á salvarle
ó á morir con él; corriendo
á todo correr, llegué
á la iglesia, ví al sargento,
le conté lo que pasaba
y lo demás él lo ha hecho.

MEDINA. Justamente; de la Iglesia
saqué mi destacamento,
jise una descarga al aire
en la plasa y toos corrieron.

MARIA. Oh! gracias, gracias! (Arrodillándose.)

MEDINA. (Levantándola.) Señora,
alse usté! por via é mi abuelo!...

JAIME. Desaparezcan rencores,
pidamos al Sér Supremo,
que de contiendas civiles
liberte al Hispano suelo;
que en las luchas fratricidas
á que el hombre corre ciego,
se ofende á Dios, quebrantando

sus soberanos preceptos.
Daos esas manos.

RAFAEL. Los brazos!

JUAN. Los brazos, y el alma en ellos! (Se abrazan.)

JAIME. Si todos somos hermanos,
¡por qué no lo comprendemos!
Oh! gracias, divino Sér,
que con tu celo profundo
redimir lograste el mundo;
fuente de amor y saber!
Tú consuelo dás al triste;
donde tu fé santa brilla,
fructifica la semilla
que en el Gólgotha vertiste.
De tu ley sagrada en pós,
los hombres en ella crean.
¡Benditos, benditos sean
los Mandamientos de Dios!

Procúrese decir este final con la mayor solemnidad posible y cúidese de la conveniente colocacion de las figuras, para mejor efecto.

FIN DEL DRAMA.

OBRAS DRAMÁTICAS

DEL MISMO AUTOR.

La Córte no es para tí.. .	Comedia en un acto y en verso.
Tirios y Troyanos. . . .	Comedia en un acto y en verso.
La batalla de Alcolea. . .	Apropósito en un acto y en verso.
Escenas á la intemperie. .	Juguete cómico en un acto y en verso.
El Mártir del Calvario (1)	Drama en cinco actos y en verso.
Economías.	Comedia en tres actos y en verso.
El aceite de bellotas (2)..	Comedia en un acto y en prosa.
La tia de mi mujer.. . .	Comedia en tres actos y en verso.
Sobrevino una pendencia.	Juguete en un acto y en verso.
La Caridad en la guerra..	Drama en un acto y en verso.
La Enamorada del Sol (3).	Zarzuela en dos actos y en verso.
El Quinto Mandamiento..	Drama en un acto y en verso.

(1) En colaboracion con D. Rafael del Castillo.
(2) En id. con D. José Montes de Oca.
(3) En id. con D. Federico Soler.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Sres. Medina* y *Navarro*, calle del Arenal, y de *Durán*, Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Administracion lírico-dramática.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion,* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.